

## TRAZOS DE ACUARELA

Carmen nunca olvidó la llegada del nuevo maestro al pueblo, porque coincidió con su decimoctavo cumpleaños en mil novecientos treinta y cuatro, justo tres meses después de las elecciones generales en las que contó el voto femenino. Precisamente cuando el espejismo de la paridad quiso surgir de una forma tan esquiva, que parecía conocer su escaso recorrido, su fugaz vigencia y su percedero futuro. El renqueante andar de aquel hombre serio y elegante, desilusionó a muchas de las acicaladas y casaderas mozas, que habían acudido animadas e interesadas por la novedad. Con juvenil intriga, querían darle la bienvenida en la abarrotada y engalanada plaza, camufladas entre las formales autoridades y el gentío de los vecinos curiosos, ávidos de noticias para llenar sus comentarios de café y sus tertulias de zaguán.

A ella le sucedió lo contrario, esos pasos costosos acompañados de un bastón y atractivamente rítmicos, le produjeron una seductora ternura y una atracción, que encandiló tanto a sus sentidos como a su principiante juicio. Aquella primera impresión fue haciéndose perdurable en cada encuentro fortuito, en cada correcto saludo en el que bajaba la vista ruborizada por su empaque, por su semblante sobrio y reflexivo, y al mismo tiempo llano y sugerente. Y ese poderoso hechizo fue incrementándose cuando reparó en su cuidado bigote, en el color verde de sus ojos y en esa sonrisa cautivadora adornada por un travieso hoyuelo, que restaba solemnidad a su impecable trato. Hacerse la encontradiza se convirtió en un ritual divertido y en una distracción, que alteraba sus latidos y provocaba sus suspiros. El timbre musical de su voz fue el encargado de terminar una conquista, que no requirió

de demasiado ahínco ni de enrevesadas destrezas, porque ambos parecían caminar por la misma senda, por parecido propósito. De modo que el dubitativo destino no tropezó con ningún escollo difícil de sortear, ni con otro inconveniente que la timidez del cortejador.

Después de que don Enrique obtuviese el correspondiente e indispensable permiso paterno, comenzó un noviazgo asociado permanentemente a la hermana mayor de ella, Amparito. Una risueña y algo descarada muchacha ya casada, dispuesta a opinar sin ambages de cualquier asunto, defensora confesa de la igualdad y las empresas engorrosas o arriesgadas. Ella, a pesar de las concisas órdenes recibidas, supo mirar para otro lado en los momentos oportunos y permitió que aquella pareja disfrutase de una exigua intimidad, de algún instante de besos apresurados y de bisoños roces furtivos. La sencilla boda con los invitados precisos se celebró en septiembre, cuando el otoño se asomaba tímidamente y convidaba a las hojas a dejarse caer, medidas delicadamente por los días más cortos y el biruji mañanero. El frío del invierno y el calor del brasero les enseñó a ir encajando su inexperta convivencia y a habituarse a las desconocidas costumbres del otro, desde la comprensión y el afán desmedido por encontrar el punto medio.

En esa fresca e inédita unión, consentida y dulce, el devenir de su cotidianidad les encaminó a inventar aficiones de dos, a destapar ignotas afinidades, que atraparon aún más su dicha. Ella fue descubriendo deleites que fueron volviéndose imprescindibles y gozosos, recreos para el cansancio y bálsamo para las tareas ordinarias en un matrimonio modesto. Aprendió, guiada por su paciencia infinita, a mover con sentido las piezas del ajedrez por el tablero; se familiarizó mediante un goce ascendente con las obras

destacadas de plumas notables; se embelesó, desde la admiración hasta el llanto, con los primorosos versos de ilustres escritores románticos; le escuchó, con incondicional arrobó y total atención, declamar con entusiasmo obras de teatro o bellas poesías, que parecían dedicadas a sus sentimientos más ocultos.

Mientras, en ese remanso de sosiego y quietud de su querer, él consiguió reír a menudo hasta la espontánea carcajada, imitando con inmenso agrado la alegría y la preciada candidez de ella. También logró ignorar su deforme pierna bañándose en el cristalino río y nadar, con recobrado ímpetu, hasta la orilla para alcanzarla sin desfallecer en su búsqueda. Y se animó a bailar sin protestar con los pies descalzos, sin reparar en el gélido piso, ni en la empedrada materialidad de su cojera. Por fin, sus renovadas ganas de comerse el mundo, de rozar el cielo con descaro, de rendirse a los placeres naturales y discretos, vencieron a su cargante vergüenza. Y así, próximos y únicos en su identidad individual, se dejaron llevar por cada desenmascarado escondrijo de sus cuerpos, por cada misterio aún por contar, por cada palabra pronunciada para complacencia del otro.

En ese mismo espacio hermético y mágico de complicidad exclusivamente suyo, nació con progresiva inquietud su impaciente espera, la necesidad acuciante de mimar en sus brazos a una criatura de ambos, de añadir un miembro a su incompleta cepa. Sin embargo, el responsable preceptor solamente pudo alegrarse de no tener hijos, cuando aquel mes de julio de negro recuerdo, prendió la mecha que haría estallar aquella devastadora guerra entre hermanos y parientes, entre amigos e inseparables. El contradictorio azar hizo que se librase de combatir por ese defecto, que

antes le azoraba y frustraba en sus metas desde la niñez. Esa lacra le sirvió de pretexto para no ofrecerse voluntario y para que no reparasen en él cuando llamaron a filas a multitud de hombres asustados y desprevenidos, que salieron sin una premisa clara, sin ninguna convicción. El marido de Amparito corrió peor suerte y pasó a engrosar las listas de movilización forzosa, formadas en su mayoría por reclutas de escasos recursos, que no querían verse implicados en la lucha.

En cambio, a él, le exigieron someterse al criterio de una rígida y parcial comisión, formada por personas de supuesta solvencia moral y técnica, de intachable reputación según el órgano competente, para comprobar que podía seguir ejerciendo la vocación que adoraba. Sin una acusación previa, sin ser consciente de ningún delito, tuvo que detallar cómo acogió el alzamiento, sus filiaciones políticas y sindicales, su actividad diaria y privada y, por supuesto, si deseaba delatar a alguien vinculado a las aulas por motivos relevantes para el tribunal. Tragándose su vilipendiada dignidad, su maltratada decencia y menoscabado pundonor, mucho más que su difusa ideología, tuvo que aportar a su defensa los rígidos y prolijos informes del alcalde impuesto, del receloso cura y de la guardia civil.

Ella le imploró reiteradamente que argumentase lo que fuese necesario, que entregase todo aquello que le reclamasen, que les facilitase su labor, para no perderle y para que continuase enseñando, intentando mantener así su deliciosa monotonía en medio del caos y de la incertidumbre. Sin titubear, prefirió soterrar durante ese incierto paréntesis sus creencias y sus razones, en aras de una serenidad que se esfumaba sin contemplaciones, azotada por el vendaval de la congoja y el suplicio cruel, aledaño e hiriente. Creía que con el

tiempo todo podría arreglarse, que desdecirse por temor, en esas desconcertantes circunstancias, sería pasado por alto, perdonado y omitido. Su pánico aplastó sin clemencia los valores forjados en su memoria, a base de remembranzas, de anécdotas y de equivocaciones. Pese al afecto mutuo y su esfuerzo por comprenderla, no pensaba como su hermana, que afirmaba siguiendo proclamas populares y sin un atisbo de duda, que era mejor ser la viuda de un héroe que la mujer de un cobarde.

Carmen se agarró con fe ciega y ansia de enamorada al apetito voraz de su masculina compañía, a la exigencia compartida de respirar junto a él, de alimentarse de su cálido aliento y de su tacto inmediato. Ligados por ese hilo suave e invisible, transitaron por las penalidades de un conflicto que no dejó inmune a nadie, que robó sin piedad un trozo de mayor o menor envergadura de cada biografía, de cada familia, de la crónica de un país que no volvió a ser el mismo. Soslayaron de la mano el hambre desesperante, el desconsuelo perpetuo, los incesantes bombardeos y la falta de niños en la escuela, más preocupados en buscar sustento y sostener la soledad de sus madres. Sin embargo, la tristeza quedó adherida a la piel común por las mutilaciones de sus adentros, más dolorosas que las físicas; por las pérdidas cercanas y por los vacíos insustituibles; por la metralla imperceptible, más mortal que las balas.

En medio de tanto desastre y calamidad mal asumida, llegó la deserción de su irreconocible y famélico cuñado, que apareció de madrugada aterrado por la contienda, turbado por las atrocidades presenciadas y marcado por los crímenes propios y ajenos. Había huido del campo de batalla saltando de la trinchera, con su fusil como defensa y con una muda limpia puesta por si le mataban, convencido de que sería perseguido con saña y severamente

castigado. Tras una desgarradora despedida que entendieron y asumieron como definitiva, entre estremecedores murmullos y sin demora, se escapó al monte con la prisa de un disuasorio pavor. Las represalias por su valiente decisión tuvieron terribles consecuencias en la retaguardia, en su casa, donde más podía atormentar y hostigar al fugado, a través del inmerecido encarcelamiento de su esposa. Esa joven antaño aguerrida se desmoronó, como la arena sucumbe ante la ola, cuando fue arrestada sin miramientos y conducida al calabozo sin explicaciones, teniendo que dejar a su indefenso pequeño casi huérfano, bajo la custodia de la amilanada abuela y dependiendo de otros pechos prestados que pudieran amamantarlo.

Posteriormente, con el desenlace, llegaron la victoria y la derrota, el orgullo y la resignación, la revancha de algunos y el silencio obligado de otros, además de la paralizante y absoluta desconfianza de un país que debía reconstruirse desde el subsuelo, desde la tierra revuelta con la sangre. La gente, abatida y rota, para evitar reflexiones repetitivas y dañinas, tuvo que empezar a recomponer sus humildes quehaceres, sus agotadoras jornadas, sus noches de apagones continuos y sus sueños convertidos en pesadillas. Entre las cartillas de racionamiento, la precariedad de los salarios y el estraperlo hubo que habituarse al pan negro, a las lentejas rancias, a las largas colas y a borrar el sello de “entregado” en el talonario, con miga y picardía.

Enrique tuvo que adaptarse a los Cuestionarios de Enseñanza Primaria, impuestos por el régimen, que pretendía lograr la unificación de dogmas, ideas y costumbres, con el fin hacer realidad la reparación material y moral de España. No tuvo más opción que doblegarse a una pedagogía tradicional e inmovilista, a una docencia confesional, con división de sexos, en la que se

ensalzaban palabras como imperio, reconquista o patriota. Como a tantos colegas vilipendiados, le subyugó el cometido de proseguir la subsistencia, permaneciendo en su oficio para contar con un ridículo sueldo. Se sumió en una actitud de docilidad y letargo que le transformó en herramienta del poder, en parte de un colectivo dominado por el miedo y abrumado por la decepción y la perspectiva de un retiro remoto. Los alumnos habían perdido la inocencia, crecían en una atmósfera de secretos, de susurros mudados presurosamente en sigilo, de tajantes y monosilábicas respuestas a sus ingenuos interrogantes.

Ella recordaba perfectamente cuando la tos de su marido se hizo latente con intensidad, casi sin descanso, porque Amparito, o lo que quedaba de su vigor y de su empuje, acababa de regresar al hogar de sus padres, envuelta en un mutismo recalcitrante y obstinado. También porque era una semana antes de su sexto aniversario, una fecha que jamás había pasado desapercibida para la feliz pareja, ni siquiera en el terror padecido y no superado. Siempre intercambiaron un detalle, una muestra simple de la infinitud de aquel amor, tejido con las hebras más sólidas y resistentes, las del respeto irrenunciable y el cariño verdadero. Su preocupación fue incrementándose con la paulatina e incesante pérdida de peso y su irremediable fatiga, exagerada para su edad y para sus movimientos. El pésimo diagnóstico del bienintencionado doctor sobrecogió su entereza y desdeñó, sin remedio ni misericordia, su lastimada esperanza en que lo peor había quedado atrás.

Aunque el facultativo le aconsejó insistentemente permanecer alejada del lecho del paciente para evitar un factible contagio, ella no se separó ni un minuto de su lado, procurando paliar su sufrimiento y su dolor con minuciosas caricias, insuflándole hasta el agotamiento una vana confianza en la pronta

mejoría. Le atendió hasta la extenuación, empeñando su propia y mermada energía en un deseo que a ratos se le antojaba inalcanzable, en una fuerza que se alejaba sin compasión, abandonándola al feroz y sádico desamparo. Los implacables relojes perdieron la cuenta exacta de las interminables horas y los segundos se recreaban en la aciaga escena, mendigando un desenlace decoroso antes de transformarse en pasado. La endeble certeza de que se recuperaría se desvaneció, cuando el final se adelantó sin avisar, después de una breve agonía, trayendo una tristeza eterna que se apoderó de su alma, como una epidemia aniquiladora y vandálica.

Ningún padecimiento había resultado tan demoledor para Carmen, que enloqueció por la insoportable y prematura ausencia, por el desolador hueco que fulminó su espíritu, por la inexistencia de aire para prolongar su supervivencia. Se encerró en su alcoba en medio de lamentos de profunda pena, de gritos salpicados de amenazas y preguntas sin réplica posible, de súplicas estériles e infructuosas. Su mirada se tiñó de incomprensión e ira, de amargura y angustia, sus gestos se crisparon y su delicadeza se disipó a través de los golpes y arañazos, en aquellas paredes mustias y descoloridas. Los empeños para que probase bocado y regresase al presente, los desvelos por ayudarla y aliviar su desazón y disgusto resultaron inútiles y lacerantes. Hasta que se iniciaron los mareos matutinos y el malestar de su estómago, hasta que la inflamación de sus senos y su vientre fueron manifiestos, hasta que intuyó con evidencias que ese ser se formaba en su interior. Solamente entonces fue capaz de abrir la puerta y afrontar el futuro, de dar la espalda a la melancolía y la nostalgia, con él clavado en el corazón y la vida fluyendo por sus venas.

\*\*\*\*\*

El único pariente carnal de Carmen era su sobrino, quien se encargaba directamente de sus gestiones burocráticas, de visitarla quincenalmente con sus bombones preferidos, de satisfacer puntualmente los pagos correspondientes y de velar por su bienestar en la residencia. Por eso le avisaron a él sin dilación cuando falleció de forma repentina, sin ninguna dolencia aparente y con una paz envidiable, tan contraria al transcurso de sus años. Según el documento médico oficial que le entregaron en un sobre color sepia, el deceso se había producido por causas naturales debidas a su longevidad, no detectándose ningún elemento acelerador en el luctuoso proceso. Con la satisfacción de la empatía y el afecto, él pudo leer entre líneas en ese frío mensaje que, al menos en ese paso, no había sufrido.

Fue él quien recogió sus reducidos enseres personales, ordenados en una caja de cartón y quien seleccionó, con cierta culpabilidad, lo que podía donarse y lo que ya no servía. Contempló con añoranza sus aparatos de oídos, que tanto pitaban y que no impedían tener que hablarle con voz muy alta, para que pudiese escuchar algo, atendiendo también a los labios de su interlocutor. Se detuvo en el montón de papeles, perfectamente organizados y clasificados por periodos, con los que se comunicaban en muchas ocasiones entre ellos y que constituían una especie de correspondencia breve. En aquellas cuartillas, antiguas y de renglones rectos, habían compartido banales recados, efusivos piropos, nobles y serias recriminaciones, cordiales y justas regañinas, consejos casi maternos y centenares de confidencias. Líneas que a él antes le aburrían y enfadaban a partes iguales, por la tardanza en pulsar su reacción y por su exasperante lentitud a la hora de plasmar sus emociones. Con su marcha, esa maravillosa caligrafía se convertía en un extraño legado.

Revisando los últimos objetos en el fondo del impersonal recipiente, diligentemente ordenado, reparó en un antiguo y coqueto cuaderno, con unas tapas grandes y estropeadas por el uso frecuente, pero sutilmente ilustradas con unos bonitos paisajes casi borrados. Lo abrió despacio y hojeando con esmero las quebradizas páginas, halló unas preciosas acuarelas que reproducían a una hermosa y tierna fémina desnuda, representada desde decenas de ángulos y que, inmediatamente, le evocaron a alguien insólitamente conocido. Debajo de cada uno de los dibujos, complementando y exaltando aquellos maravillosos y certeros trazos, podía leerse un texto escrito con pulcras letras, mostrando una exquisita adoración y exhibiendo en cada término, una sincera idolatría.

Esa inagotable pasión estaba destinada a su tía, la modelo de los retratos, la mujer que aguantó innumerables desdichas, incluido un parto horrendo que causó la prematura muerte de su anhelada hija, postrero vestigio de un amor inalterado pero interrumpido bruscamente. Su más concreta posibilidad de persistir en medio de la desolación, su más innegable resorte para resistir los revolcones de la fortuna, su más merecida recompensa en el desalmado naufragio.

Sin pensarlo demasiado, tecleó el contacto de su ex suplicando mentalmente que en esta ocasión le respondiese, después de más de un lustro sin hablarse, porque ninguno de los dos creía en la amistad tras la ruptura. Ella siempre adoró a Carmen, incluso en el duro proceso de divorcio, y era dueña de una famosa galería de arte.